

—Tú siempre molestándote inútilmente. Con el cocido habría suficiente. La manía de guisar te sacrifica y te hace gastar más.

—No, Pedro, economizo mucho el aceite.

—Más economizarías si no lo gastaras.

María, dolida, lanza una mirada más allá de las paredes de su hogar, se traga una lágrima y continúa soñando.

Los niños, buenos observadores, desean que la comida se termine para levantarse. Piensan: papá se marchará y todo quedará en paz y tranquilo.

María no se resigna, no puede resignarse, aunque quiera.

—Oye, Pedro, y de trabajo qué. ¿No encuentras otra cosa con que poder ayudarte? No puedes mejorar de categoría en lo que tienes?

—Siempre lo mismo. ¡Qué más quisiera yo! No es posible; hay que acomodar los gastos a los ingresos.

—Es imposible, Pedro. Hay que aumentar los ingresos, como sea, pero hay que aumentarlos.

Y Pedro se levanta para ganar la puerta y marcharse.

Ya en la calle, en pleno aire, sin la mirada escrutadora de su mujer, reflexiona: María tiene razón. Tanto tiempo que gana lo mismo. Si yo soy el primero en reconocerlo; me falta valor para plantear esta cuestión al jefe. Los niños crecen y María no se resigna a que sus hijos vivan como hijos de un modesto funcionario. Ella tiene ilusiones; también yo; tiene ambiciones; también yo; tiene alientos; pero yo no... ¿Qué hacer. Dios mío, qué hacer?

María, más amargada todavía, emprende la lucha de cada tarde, para interrumpirla a la hora de cenar.

—¿Por qué no va a ser esta noche cuando Pedro traiga la noticia de que ha resuelto ya el problema de nuestro hogar?... Quizá me traiga la buena nueva.

Y continúa su trabajo y su sueño. Ya sabe ella cómo arreglaría su casa, sus hijos, cómo vestiría a su marido, qué despacho pondrían. Porque entonces, Pedro tendrá más trabajo, ten-

drá preocupaciones, responsabilidad y se encerrará en su despacho para reflexionar y preparar su trabajo y el trabajo de los demás...

¡Qué suerte si al fin Pedro se decidiera a ser emprendedor! Se alegra, se anima, su amargura se disipa y se entrega a proyectar lo que haría si Pedro le trajera la gran noticia.

María, obsesionada por un mañana mejor, padece ceguera psíquica para el hoy; no ve el suceso cotidiano. No goza de los pequeños halagos que la vida ofrece. No ve las gracias de sus hijos. No percibe sus agudezas. No recoge sus pequeñas esperanzas.

Tampoco se da cuenta de la intensa batalla que en el alma de Pedro se libra constantemente. El se reprocha su conducta, pero le falta valor para triunfar de sí mismo. Es tímido. ¿María lo ve? Le falta confianza en sí mismo. ¿María le ayuda? A fuerza de imaginarle como desearía verle, ha dejado de verle como es.

María no ve lo próximo, padece la obsesión de superar la situación actual. Quiere elevarse. Pero también lo quiere Pedro. La tragedia es que no piensan cómo lograrlo. No aciertan a buscar lo que falta en su vida interna para ganar la batalla de cada día.

María, tan inteligente, tan trabajadora, tan hábil, tan proyectista ha lanzado sus metas tan lejanas que se ha saltado la realidad que la circunda. Le falta fraccionar esa meta última en otras encaminadas al mismo fin y comenzar la realización de la meta parcial más próxima. ¿Cuál es?

Lo primero ha de ser averiguar qué le pasa a Pedro para no enfrentarse con el problema de su capacidad para trabajos de responsabilidad y para mejorar sus ingresos. Porque la preocupación de María no es solo económica. María quiere que su marido mejore también su categoría profesional.

Pedro necesita llegar a confiar en sí mismo y sentir entusiasmo y audacia y María debería infundírselo, abandonar su última meta y atender a su vida interior de los seres que la rodean. Soñar, bien está, pero no de día...